

A MODO DE CONCLUSIÓN

En vanguardia. Guadalupe Ortiz de Landázuri
(1916-1975)

A LO LARGO DE LOS SIGLOS XIX Y XX existieron en España mujeres pioneras que contribuyeron a cambiar el rol social femenino. Algunas son muy conocidas (Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, María de Maeztu, Clara Campoamor, Victoria Kent), pero existen otras que —juntas o por separado— participaron casi sin saberlo en ese movimiento imparable y progresivo hacia la ampliación del espacio público femenino. Por ejemplo, las 77 mujeres que lograron acceder a la Universidad española entre 1872 y 1910, cuando este derecho les estaba vedado por su condición femenina. Lo consiguieron por el tesón que cada una de ellas puso, redactando instancias, consiguiendo el título —que se les negaba, aunque hubieran estudiado—, empeñándose después en ejercer sus carreras, etc. Gracias a ellas, en 1910 las chicas españolas pudieron entrar oficialmente en la Universidad, exactamente igual que los hombres. Podríamos llamar a estas jóvenes “pioneras de

la vida ordinaria”, pues no se apartaron de ella para ir ampliando lenta, pero muy eficazmente, su espacio de acción pública en la sociedad. La mayoría de ellas no levantó la voz para denunciar su injusta situación. Pero por la vía de los hechos, una a una, ejerciendo su libertad, consiguieron cambiar el panorama.

Como ese grupo de muchachas, han existido otras mujeres durante buena parte del siglo XX —al menos en España— que, por sí solas, por entender que era lo natural y ejerciendo conscientemente su libertad, estudiaron, sacaron adelante diversas iniciativas sociales aplicando en ellas su mentalidad profesional, se ocuparon de la formación de otras y las acompañaron en un camino que abría sus horizontes, o llegaron a ejercer —antes o después— en el ámbito para el que se habían formado: obtuvieron un doctorado, fueron quizá catedráticas de enseñanza media, escuela universitaria o de la propia universidad; ejercieron de médicos, fueron editoras o trabajaron en redacciones de periódicos y revistas; y también llegaron, poco a poco, a ámbitos casi exclusivamente masculinos como la arquitectura, la ingeniería o la investigación científica. La cerrada mentalidad social compartida por no pocos, no hizo mella en estas mujeres. Con ello estaban abriendo las puertas y dando ejemplo a otras muchas que quizá no se habían planteado tales posibilidades.

Guadalupe Ortiz de Landázuri presenta algunos de los rasgos que nos permiten pensar en ella como en una de estas pioneras.

En plenos años veinte, cuando las jóvenes españolas solían recibir una educación muy básica, a veces incluso no reglada, ella llegó al norte de África acompañando el destino militar de su padre y estudió el bachillerato en un colegio de chicos, porque no existía ningún otro.

Recibió la misma educación que sus dos hermanos mayores, ambos varones. Practicó por ejemplo las mismas aficiones: montar a caballo, nadar, jugar al tenis. En los colegios femeninos de la época lo máximo que se esperaba de las niñas es que aprendieran a dar algunos pasos de *ballet*. Aunque seguramente Guadalupe también los aprendió antes de llegar a África, en su colegio de Segovia, eso no impidió que le gustara mucho más hacer deporte. No parece que el *ballet* le apasionara, pero, en cambio, sí constan sus cabalgadas por los ranchos de México y sus ratos de ocio nadando en mares y piscinas (albercas) del país azteca.

Guadalupe Ortiz de Landázuri estudió una carrera universitaria, exactamente igual que sus hermanos, y además la que ella quiso: Ciencias Químicas. El único consejo que le dio su padre, y que ella aceptó libremente, fue que en la Universidad no se metiera en política. Corría el curso académico 1933-1934 y estudiar entonces en España una carrera, siendo mujer, constituía un raro hecho. No existen estadísticas sobre el número de chicas matriculadas en el preparatorio de Ciencias ese año, pero sí se sabe que, en el total de la Universidad española, las mujeres suponían el 6,4 % de los estudiantes. Guadalupe no se conformó con ser uno más de aquellos universitarios. Supo aprovechar las oportunidades que se le presentaron de hacer unas buenas prácticas de investigación. Por eso, acudió al Laboratorio Foster, de la Residencia de Señoritas (perteneciente a la Institución Libre de Enseñanza), ya que las instalaciones de este tipo resultaban muy pobres en la Universidad de Madrid.

El padre de Guadalupe fue fusilado al comenzar la guerra porque su cuartel —según los políticos— había optado por una posición tibia el día de la rebelión militar

del 18 de julio. Manuel Ortiz de Landázuri, que estaba al mando, lo único que se propuso fue que no hubiera muertos, ni civiles ni militares. Por otra parte, sus simpatías habían sido más bien republicanas que monárquicas, aunque siempre su única dedicación fue su carrera militar. Guadalupe no permitió que este hecho amargara su vida o le provocara sentimientos de odio. Trató siempre igual a todas las personas, fueran de un bando o de otro. Y tuvo muchas posibilidades en México de demostrarlo, pues estuvo en contacto con españoles del exilio republicano.

Una vez concluida la guerra, terminó la carrera en el primer curso concentrado que convocó el gobierno para que los estudiantes pudieran recuperar el tiempo perdido. En 1940, con sus estudios recién acabados, se planteó hacer el doctorado y, de hecho, lo comenzó en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Sin embargo, lo ralentizó con plena libertad, ya que su familia necesitaba que trabajara lo antes posible. Así empezó a dar clases de Química en dos de los colegios más prestigiosos de Madrid: las irlandesas y San Luis de los Franceses (o Liceo Francés). El sueldo era indispensable para que tanto su madre como ella pudieran mantenerse, ya que la pensión de viudedad era mínima. No obstante, realizó prácticamente todos los cursos de doctorado y llegó a redactar parte de la tesis. Su director era Enrique Gutiérrez Ríos. Pero las pocas facilidades que existían en plena posguerra para los experimentos de laboratorio fueron retrasando su trabajo.

Simultáneamente, Guadalupe tuvo novio, pensó casarse, pero no lo hizo y abandonó a su pretendiente con plena consciencia de lo que hacía, por más que este no cejó durante un tiempo; llegó un momento en que tuvo que ponerlo, literalmente, fuera de la puerta de su casa.

¿Qué había pasado? Guadalupe conoció al fundador del Opus Dei en 1944, cuando ya tenía 27 años de edad. El amor a Dios, a través del espíritu de esta institución de la Iglesia Católica, llenó por completo su corazón y su vida, y decidió pedir la admisión como numeraria. No le hacía falta ningún novio. Dispuso de su vida con la capacidad de autodeterminación que conlleva la libertad de los seres humanos, y tomó un camino que —en los años 40— le parecía algo extraño a no pocos católicos. En realidad, entonces no lo sabía, pero Guadalupe fue una de las primeras vocaciones femeninas que llegaron al Opus Dei.

Cuando se estudia una institución o se hace la biografía de una persona, es forzoso que el historiador intente entender lo que esa institución o esa persona piensan sinceramente de sí mismas, del fin de su existencia y de su papel en el mundo. Si no se hace así, el peligro es quedarse en la superficie y se puede ofrecer una visión sesgada de la persona o de la institución. En este sentido, Guadalupe era creyente, miembro consciente de la Iglesia Católica y del Opus Dei. Por tanto, sus actuaciones en la vida estuvieron orientadas por sus convicciones más profundas: quería amar a Dios buscando la santidad en medio del mundo y difundir esa llamada por todas las capas de la sociedad. De modo que, si formaba en lo humano y en lo espiritual a las campesinas indígenas de México, es que quería simplemente hacer eso, ampliar sus horizontes materiales y espirituales para que amaran a Dios siendo, a la vez, mujeres con mayor educación y más horizontes en su vida. Y si se codeaba con las aristócratas de Madrid, cosa que se le daba peor, era porque le interesaba la formación cristiana de esas mujeres, que quizá en los años sesenta tenía un origen más de tipo sociocultural que de un encuentro personal con Jesucristo.

El historiador suele dejar hablar a los documentos para que ellos digan lo que de verdad ocurrió. En este sentido disponemos prácticamente de toda la correspondencia que Guadalupe Ortiz de Landázuri escribió durante su vida. Son unas cartas que hablan por sí solas. Una vez que pidió la admisión en el Opus Dei, actuó como lo había hecho hasta entonces, con libertad y queriendo dedicarse a lo que necesitaba la Obra. Solo quería amar a Dios en el lugar y las circunstancias en que se encontraba cada momento. Durante una época de su vida dirigió la administración doméstica de la residencia Abando (Bilbao). Puso su inteligencia, que no era poca, en realizar de manera profesional, en un momento de enormes carencias en España, una tarea fundamental para el Opus Dei: hacer de cada centro un hogar de familia. Es cierto que sus conocimientos en el ámbito domésticos eran limitados, pero actuó con auténtica mentalidad profesional para conseguir el fin que perseguía.

Fue la primera mujer del Opus Dei que salió de España para poner en marcha la Obra en otra nación, México. Durante su estancia en aquel país (1950-1956) que amó profundamente, se esforzó en promover la educación de las mujeres, tanto a nivel cristiano y espiritual como humano y profesional. En 1950 más de la mitad de población femenina mexicana era analfabeta y además carecían del derecho a voto. Sabiendo que la ignorancia, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, es el mayor enemigo de la libertad y del desarrollo personal, Guadalupe Ortiz de Landázuri se empeñó tanto en la formación de las campesinas indígenas como de las universitarias y mujeres profesionales. Para las primeras, creó centros en México DF, Culiacán y Monterrey donde, además de trabajar, recibían instrucción y aprendían oficios. Este modelo se trasladó

más tarde a Montefalco (de donde hace ya años salen muchas chicas indígenas que acuden a la Universidad). Para las universitarias, puso en marcha residencias en México DF (Copenhague primero, Orizaba después) y en Monterrey, donde procuraba proporcionarles una formación humana que las volcara hacia los demás, en un país de fuertes contrastes sociales. Por último, en el terreno de la enseñanza, promovió la creación del kínder y después del colegio e instituto Chapultepec, en la ciudad de Culiacán. Animó personalmente a muchas jóvenes universitarias a que concluyeran sus estudios e incluso realizaran doctorados, ya fuera en el terreno de la medicina, la enfermería, la química o las humanidades. Algunas de estas jóvenes, de muy buenas familias, no tenían nada pensado en la vida, salvo casarse y fomentar quizá relaciones sociales que pudieran ayudar en la carrera del marido. Guadalupe, además de abrirles horizontes humanos y sobrenaturales ayudó —a las que pudo— a ejercitar su libertad, ante algunos padres que quizá no entendían fácilmente esta dimensión básica y fundamental de las personas, especialmente en el caso de sus propias hijas.

Y es que las jóvenes mexicanas dependían enormemente de sus familias, que ejercían una autoridad —en algunos casos— casi total sobre ellas. Se trataba de un fenómeno arraigado en la sociedad mexicana, tanto en la ciudad como en el campo. Las “tragedias” cuando alguna chica se hacía numeraria o numeraria auxiliar y quería ir a vivir a un centro de la Obra resultaban a veces tremendas. También, incluso cuando querían contraer matrimonio con alguien de su elección. Guadalupe, en este sentido, tuvo la paciencia de dedicar mucho tiempo tanto a los padres y madres, como a las hijas, intentado que arraigara en todos ellos un sentido más cristiano de la libertad, que

nos hace los auténticos responsables de nuestros actos y protagonistas de nuestra propia vida.

Tras su regreso a España por motivos de salud (antes estuvo en Roma, en el gobierno central de las mujeres del Opus Dei) Guadalupe vio la oportunidad de retomar algunas de las tareas que le hicieron ilusión en su juventud. Comenzó a dar clases de Química de nuevo, en el Instituto masculino Ramiro de Maeztu, que en aquellos momentos era el más prestigioso de la capital. A la vez, fue también profesora de la Escuela Industrial Femenina de Madrid, un centro que ahora llamaríamos de formación profesional, y donde estaban matriculadas cerca de mil chicas de los sectores más populares de la sociedad madrileña. También tuvo la alegría de realizar la tesis doctoral en Química. Guadalupe no se refugió en su grave enfermedad de corazón, o en todos los encargos que tenía dentro de la Obra (siempre solía ser la directora de algún centro, impartía muchos medios de formación, estaba muy volcada en actividades que ahora llamaríamos de voluntariado...) No. Le gustaba la Química y la enseñanza, lo cual era perfecto porque estaba en auténtica sintonía con el espíritu del Opus Dei, que llama a santificar el trabajo profesional y las circunstancias ordinarias de la vida diaria. Para realizar la tesis dejó las clases en el Ramiro de Maeztu y se quedó solo con las de la Escuela Industrial Femenina, que en realidad eran las que más le llenaban. Su trabajo doctoral —realizado bajo la dirección de Piedad de la Cierva, una auténtica pionera de la investigación química— resultó ser un tema bastante puntero, apenas conocido en España. Se trataba de investigar sobre las posibles cualidades refractarias de la cascarilla de arroz, para su aplicación a los materiales de construcción. No era normal entonces que una mujer de casi 50 años abordara

una tesis doctoral difícil, de mucho laboratorio, y que obtuviera la máxima calificación, además del Premio Juan de la Cierva que ganó el equipo entero, tres mujeres. Por su edad, Guadalupe no podía dedicarse ya a hacer carrera universitaria. Pero no era necesario: ella tenía sus propios planes.

Preparó oposiciones a catedrática de Instituto y a catedrática de Escuela Industrial, obteniendo estas últimas. En el centro educativo en el que obtuvo la plaza quisieron promoverla sus propios compañeros para directora, pero ella rechazó el puesto a causa de su enfermedad. Sin embargo, la nombraron subdirectora, cargo que ejerció hasta su fallecimiento.

Esta carrera en las instituciones públicas de enseñanza, en las décadas de los años 60 y 70, la sitúa como una emprendedora que quiere llegar alto en su profesión. Fue igualmente una de las pioneras del CEICID (Centro de Estudios e Investigación de Ciencias Domésticas), unos estudios que no existían en España pero sí en otros países, como los Estados Unidos, donde eran denominados "*Home Economics*". Estos ponían su foco no solo en el hogar familiar, sino en aquellos ambientes y lugares donde hacía falta dar un servicio y crear también un ambiente acogedor: colectividades como hospitales, colegios, residencias. El CEICID estaba pensado en principio para formar a las administradoras de los centros del Opus Dei, para que hicieran su trabajo con profesionalidad, aprovechando los conocimientos científicos que empezaban ya a existir en algunas áreas como la nutrición, y sabiendo implementar los muchos avances que la técnica estaba aplicando al ámbito doméstico. Además, se trataba también de gestionar y organizar todo un conjunto de trabajos que debían coordinarse con mentalidad estratégica, alejándose tanto

del rigorismo como de la excesiva improvisación creativa. Guadalupe Ortiz de Landázuri se encargó de la Química y la aplicó a la limpieza de textiles. Consiguió la colaboración de varias industrias españolas del sector, entre ellas la más importante, que era Desli, creadora del detergente en polvo por excelencia. En sus laboratorios se realizó la parte experimental de dos tesis doctorales dirigidas por Guadalupe, tan interesantes en sus conclusiones que la empresa quería quedarse con ambas candidatas. Tanto en las tesis como en los experimentos de las clases prácticas, siempre buscó Guadalupe el nivel más alto, que pretendía ser el universitario.

Participó con una ponencia en el primera Feria-Congreso “Textiles en el Hogar Moderno” que se celebró en España en 1973, en Valencia. Allí recibió la Medalla del Comité Internacional de la *Rayonne et des Fibres Synthétiques*.

El cambio social se produce por muchos impactos, pero no cabe duda de que algunas personas —quizá sin saberlo— solo guiadas por su conciencia, el afán de hacer las cosas bien y de animar en el mismo sentido a los demás, alcanzan metas que suponen una influencia positiva en su entorno. Y si todo ello lo realiza una mujer, es evidente que llama más la atención, sobre todo en los países y ambientes sociales donde a Guadalupe le tocó vivir hasta 1975, año de su fallecimiento. Es este aspecto el que puede ligar su figura con la historia de las mujeres en el siglo XX. Porque nos encontramos ante una de ellas, no solo católica sino declarada beata, que encarnó un mensaje de santidad en medio del mundo y cuya trayectoria vital (humana y sobrenatural) contribuyó a la ampliación del espacio público femenino. También porque, además de santificarse en su trabajo profesional, fue una mujer de gobierno en el Opus Dei, conoció y trató a multitud

de chicas jóvenes y señoras de todas las edades, procedentes de las más variadas categorías sociales y contribuyó a ampliar sus horizontes con formación cristiana, humana y profesional. Es poco probable que existieran en su momento mujeres con el amplísimo abanico de amigas, colegas, alumnas y conocidas en el que se movió Guadalupe Ortiz de Landázuri. Por ello mismo su impacto fue capaz de inspirar a un elevado número del segmento femenino de la sociedad.

No suele ser muy habitual en la historiografía sobre mujeres en España, encontrarse con estudios sobre personas (de cualquier ideología) que hayan realizado aportaciones de peso a la cultura, la ciencia, la educación. No existen biografías sobre María Goyri, Piedad de la Cierva, Carmen Cuesta de Muro, Concepción Saiz o Dorotea Barnés¹. Hay que rescatar la vida de mujeres que formaron parte de la vanguardia porque dieron pasos concretos que fueron avances reales en el ámbito femenino. Recientemente ha salido a la luz la biografía de María Lacunza, la primera abogada que se colegió en Pamplona. En 1932 ingresó como funcionaria auxiliar en el Ministerio de Agricultura, con una oposición menor, de administrativa. Fue la secretaria de una comisión de dicho organismo

¹ Se trata de mujeres españolas que realizaron aportaciones de gran interés en la cultura y en la ciencia. María Goyri, esposa de Menéndez Pidal; trabajaron siempre juntos, de modo que es imposible discernir cuándo escribe ella o cuándo lo hace él; pero solo firmaba el marido. Piedad de la Cierva introdujo los Rayos X en España. Carmen Cuesta de Muro, de la Institución Teresiana, fue una de las primeras abogadas y activista del derecho al voto femenino. Concepción Sáinz fue pedagoga y trabajó en varias iniciativas de la Institución Libre de Enseñanza, sobre todo en la Escuela Superior del Magisterio. Dorotea Barnés, doctora en Química e hija del ministro republicano de Educación, Domingo Barnés, introdujo en España la espectroscopia de Raman.

para estudiar los distintos modelos de reforma agraria en Europa. La guerra y el régimen posterior truncaron su carrera. El autor del libro, sin embargo, afirma: «Mujeres como María Lacunza han sido aquí tan meritorias como Rosa Parks»², la mujer que comenzó con el movimiento de los derechos civiles en Norteamérica. Guadalupe Ortiz de Landázuri puede considerarse con razón una de las seguidoras de esta estela, aquella que comenzaron cada una de las 77 desconocidas y jovencísimas universitarias que consiguieron cambiar una ley que les negaba un derecho fundamental: la educación superior.

² Luis GARBAYO ERVITI, 2019, *Un momento de luz. Vida, contexto y circunstancia de María Lacunza*, Pamplona: KEN. *Diario de Navarra*, 21 de febrero de 2019, p. 72.